

Entre el estigma y la invisibilidad: inmigrantes colombianos en Holanda

Damián Zaitch¹

Resumen

Este artículo describe las diferentes fases y modalidades a partir de las que han llegado los emigrantes colombianos a las principales ciudades holandesas. Tras presentar algunas de sus características socio-demográficas, el texto muestra las principales actividades productivas y sociales que estos inmigrantes desarrollan en Holanda y hace énfasis en algunas de sus peculiaridades por medio de la comparación con otras poblaciones de inmigrantes en este mismo país. Finalmente, describe algunas de las dificultades vividas durante el proceso de su recepción e inserción en la sociedad holandesa y las nuevas dinámicas que experimentan los hijos de estos inmigrantes.

Abstract

This paper describes the various phases and modalities of immigration of Colombian people to cities of Holland. After the presentation of some of the socio-demographic characteristics, the text shows the main productive and social activities of these immigrants, and underlines some of their peculiarities in comparison with other migrating populations to the same place. Finally, the paper describes some of the difficulties experienced by these migrants during the reception and insertion process in the Dutch society and the new dynamics experimented by the children of these immigrants.

Palabras Claves: Migración, Narcotráfico, Prostitución, Negocios Étnicos, Cambios Generacionales, Identidad, Holanda,

¹ Universidad Erasmus de Rotterdam, Holanda.

¡San Antonio, dame novio!
Dicho popular colombiano

En claro contraste con otros grupos de inmigrantes en Holanda mucho más estudiados y conocidos (surinameses, antillanos, turcos, marroquíes, etc.), los inmigrantes latinoamericanos y en particular los colombianos han sido hasta hoy prácticamente ignorados por la investigación social. A diferencia de una presencia social manifiesta en países como EEUU, Gran Bretaña o España, los colombianos en Holanda se mantienen como una comunidad invisible y no cuantificada, con problemas que también aguardan ver la luz. En el marco de una investigación etnográfica realizada entre 1995 y 2001², este trabajo presenta en primer lugar algunos datos sobre patrones migratorios, características socio-demográficas y actividades económicas y laborales de estos inmigrantes en los Países Bajos. En segundo lugar, se exponen algunos de los obstáculos que encuentran, los problemas que sufren, y las identidades que construyen. Finalmente, se intentan extraer algunas conclusiones sobre la naturaleza social y económica de dicho grupo, discutiendo la aplicabilidad de nociones tales como ‘enclave’ o ‘empresariado étnico’, ‘economía de enclave’, ‘diáspora comercial’ o, incluso, si puede hablarse de ‘comunidad’.

Colombianos en los pólderes

Patrones migratorios y perfil demográfico

A diferencia de otros grupos migrantes que llegaron en una única ola inicial³, los colombianos han migrado continuamente hacia Holanda durante las dos últimas décadas. No fue sino hasta los años ochentas que un grupo significativo de jóvenes mujeres colombianas comenzaron a llegar a Holanda.

Los colombianos habían estado saliendo de su país en grandes números, primero durante los años treinta a Venezuela y después en los cincuenta a Estados Unidos. Este proceso se intensificó sólo durante los años sesenta y a fines de los setenta a países como Ecuador y Panamá. Durante los ochenta, la emigración a otros países latinoamericanos se estancó ya que todos estos países se vieron golpeados por una severa recesión económica. Pese a que muchos migrantes en los Estados Unidos empezaron a volver a Colombia con algún capital económico acumulado logrado

² El tema central de dicha investigación, defendida como tesis doctoral en 2001 en la Universidad de Amsterdam, es la participación de inmigrantes colombianos en los distintos niveles del negocio de la cocaína en Holanda (Zaitch, 2002). Este artículo reelabora materiales presentados principalmente en el capítulo IV de dicha tesis doctoral. [Traducción castellana de Pedro Quintín, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle].

³ Por ejemplo, los casos de los trabajadores mediterráneos ‘invitados’ en los años sesenta, de los migrantes surinameses de finales de los setentas, de los refugiados latinoamericanos entre 1973 y 1978, o, más recientemente, de los refugiados de los Balcanes durante los años noventa.

mediante actividades legales e ilegales, los flujos de salida no se detuvieron y se dirigieron entonces a ciudades más pequeñas en los mismos Estados Unidos y a otras regiones como Europa y Japón.

Mientras que algunos lazos culturales hicieron de España (Madrid, Barcelona y Valencia) su primer objetivo, experiencias previas en –y bajo el modelo de– los Estados Unidos, empujaron a muchos a mirar hacia el Reino Unido (Londres). España y el Reino Unido estarían seguidos por Francia y Alemania, que por ejemplo tiene una extensa comunidad establecida en Frankfurt. En menor número, los colombianos se asentaron también en Holanda (La Haya, Amsterdam, Rotterdam), en Bélgica (Bruselas) y Suiza (Zurich).

Tabla I. Colombianos en Holanda (1991-1999)

Año	LA HAYA		AMSTERDAM		ROTTERDAM		TOTAL HOLANDA			
	Na	Etnic ^a	Na	Etnic ^b	Na	Etnic ^c	H	M	Na	Etnic ^d
1990	173	s.d.	131	267	64	s.d.	422	716	1.138	4.943
1991	284	s.d.	180	316	108	s.d.	568	1.042	1.610	5.605
1992	343	s.d.	207	359	139	290	631	1.135	1.766	6.077
1993	362	s.d.	244	403	163	345	706	1.285	1.991	6.552
1994	351	s.d.	276	459	159	355	723	1.326	2.049	6.864
1995	260	835	249	474	140	369	527	1.142	1.669	6.874
1996	230	858	226	477	140	376	488	1.081	1.569	7.078
1997	230	907	232	533	140	401	475	1.109	1.584	7.561
1998	285	1.031	215	577	155	s.d.	512	1.206	1.718	4.783
1999	300	s.d.	230	609	170	s.d.	549	1.299	1.848	6.590

Fuente: CBS Statistics. *Niet-Nederlanders in Nederland (1990-1999)* y *Maandstatistiek van de Bevolking (1990-1999)*. CBS: Voorburg/Heerlen. Na: Número total de colombianos inscritos en la Register Office of City Councils.

^a Dienst Burgerzaken Den Haag. *Bevolking Statistiek 1995-1998*. Residentes nacidos en Colombia o con padre y/o madre nacidos en Colombia (incluye tanto a la primera como a la segunda generación).

^b O+S, Het Amsterdamse Bureau Voor Onderzoek en Statistiek. *Amsterdam in Cijfers 1990-1999*. Residentes con nacionalidad colombiana o doble nacionalidad –colombiana y holandesa– (excluye a la segunda generación con nacionalidad holandesa).

^c COS Centrum Voor Onderzoek en Statistiek, Rotterdam. Residentes nacidos en Colombia (excluye a la segunda generación nacida en Holanda).

^d Hasta 1997, una definición ‘amplia’ de no-nativo (*allochtoon*) incluía a las personas con nacionalidad colombiana, a las nacidas en Colombia, y a las que tenían a uno de sus padres nacido en Colombia. En 1998, la CBS usa una definición más ‘fina’ que sólo incluye a las personas nacidas en Colombia con al menos uno de los padres nacidos en el extranjero, y a los nacidos en Holanda con ambos padres nacidos en Colombia. Esto excluye a dos grandes grupos anteriormente tenidos en cuenta: cerca de 1.300 colombianos de segunda generación nacidos en Holanda con un solo padre nacido en el extranjero, y entre 1.500 y 2.000 hijos adoptivos de Colombia (nacidos en Colombia, con nacionalidad holandesa y padres holandeses). Desde 1999, se adopta una ‘nueva’ definición que reconoce a todos los colombianos de segunda generación: colombianas son aquellas personas con al menos uno de sus padres nacido en Colombia. Esto excluye al amplio grupo de los niños colombianos adoptados.

En el caso holandés, la gran proporción de mujeres jóvenes desde el inicio de la ola inmigratoria (con una constante de 2/3) se explica a causa de las principales actividades que las atraen o las mantienen en Holanda: el matrimonio con un compañero varón local, así como otras ocupaciones de ‘género’, como son las labores domésticas y la prostitución. Algunas de estas migrantes han estado antes en otras partes –especialmente en Estados Unidos, España, las Antillas holandesas o Japón– o tienen algún pariente en Londres, Frankfurt o España. Muchas vinieron con hijos pequeños, y otras los tuvieron en Holanda dando nacimiento así a una segunda generación de colombianos.

Mientras este primer grupo se establecía –en términos financieros y jurídicos, especialmente al lograr la nacionalidad holandesa–, se ponía en funcionamiento una cadena de migración que se iría intensificando durante los años noventas. A partir de una legislación migratoria más restrictiva, con medidas especiales desde 1994 que ponen grandes obstáculos a los matrimonios mixtos, hizo decrecer y luego mantener el número de residentes legales colombianos por debajo de la marca de los 2.000 (ver la Tabla I). Sin embargo, el flujo de entrada ha ganado dinamismo desde 1997 gracias al aumento de los inmigrantes ilegales, de la segunda generación de colombianos nacidos en Holanda y de los colombianos con nacionalidad holandesa.

Muchos inmigrantes vienen de las principales áreas urbanas colombianas o han vivido en ellas antes de la emigración. Los *vallunos* procedentes de la zona alrededor de la ciudad de Cali y los *paisas* de la región de Antioquia (Medellín) constituyen de lejos los dos grupos más grandes. Hay sin embargo muchos colombianos de Bogotá, de la ‘zona cafetera’ cercana a Armenia, Pereira e Ibagué, algunos *costeños* de Barranquilla y Santa Marta, y algunos inmigrantes de capitales regionales más pequeñas. En este sentido, pese a cierta sobre representación de los *vallunos*, los migrantes colombianos en Holanda vienen de las áreas tradicionales de migración, precisamente las zonas más pobladas e industrializadas del país.

Tabla II. Estimación Total de Colombianos (2000)

<i>Grupo</i>	<i>Número</i>
Nacionales colombianos	1.900
Primera generación con nacionalidad holandesa	2.700
Segunda generación con padres colombianos	500
Segunda generación con un padre colombiano	1.400
Niños adoptados colombianos	2.000
Inmigrantes ilegales	3.000–4.000
<i>Total</i>	11.500–12.500

Fuente: CBS y Organizaciones de migrantes colombianos en Holanda.

A diferencia de la población decreciente o estancada que constituyen los más antiguos refugiados Latinoamericanos de Argentina, Chile y Uruguay⁴, las mujeres y los niños forman el creciente contingente colombiano. Dos tercios son mujeres y la edad promedio es muy joven, con un 30% de menores de 15 años.

La Tabla II estima el número total de colombianos que están viviendo en Holanda en el año 2000. Su número es bajo comparado con el de otras comunidades migrantes, pero constituye el grupo más grande de entre los latinoamericanos, seguido estrechamente por los brasileños y los dominicanos. Por supuesto, está en discusión si los niños colombianos adoptados deben ser contados como colombianos. Muchos de esos niños no hablan castellano y no tienen relación cultural o social con Colombia o con colombianos. Sin embargo, un número creciente de ellos, algunos jóvenes que están cerca de lograr la autosuficiencia, parecen estar muy activos a la hora de reafirmar o redescubrir su ‘colombianidad’⁵. Precisamente, cuando la CBS dejó en 1998 de considerarlos como *allochtonen* (extranjeros de primera o de segunda generación) en sus estadísticas, algunos de estos jóvenes holandeses empezaron a sentirse y a actuar de manera ‘diferencial’. Mientras que ellos difieren en términos de bagaje sociocultural con respecto a otros colombianos de segunda generación (la mitad de los cuales sin embargo tiene un padre holandés), su creciente ‘conciencia colombiana’ puede acercarlos a otros inmigrantes colombianos.

Los colombianos en Holanda no viven juntos. Pese a que la mitad de ellos viven en la provincia del *Zuid Holland*, están sin embargo dispersos en todo el área del *Randstat* (4 grandes ciudades) y sus periferias. En ninguna calle o vecindario constituyen una grupo visible de la misma forma en que lo son en Jackson Heights (Queens, Nueva York) o en Elephant & Castle (Londres). Debido al alto número de parejas mixtas, muchos viven en áreas suburbanas o pequeñas municipalidades: Almere, Alkmaar, Amstelveen, Nieuw Venneep, Haarlem, Zaandam, Purmerend, Rijswijk, Zoetermeer, Noordwijk, Spijkenisse, Capelle aan de IJssel, Hoogvliet, Woerden o Nieuwegein, por nombrar algunos de los destinos de la diáspora colombiana en Holanda.

Sin embargo, un extenso grupo de cerca del 40%, especialmente de nacionales colombianos y de inmigrantes ilegales, prefiere asumir costos de vida más altos en las tres grandes ciudades y estar así cerca de las oportunidades de trabajo formales e informales, de las facilidades educativas, o de los eventos culturales y de ocio.

⁴ Los refugiados políticos que llegaron en los años setenta eran predominantemente hombres y permanecían más concentrados y cerrados en sí mismos. El grupo empezó a disminuir con el regreso a sus países respectivos de muchos de ellos durante la democratización de los años ochentas y noventas. Algunos todavía permanecen en Holanda, especialmente la segunda generación nacida allí.

⁵ Quizás la organización colombiana más activa y dinámica durante mi trabajo de campo fue *Chicolad* –Chicos Colombianos Adoptados–, un grupo juvenil establecido en Amsterdam que, en 1997, pasó de estar constituido por dos o tres entusiastas jóvenes a convertirse en una red nacional con más de 100 miembros. Ellos organizaron *tertulias* colombianas (recepciones sociales), cursos de castellano y salsa, actividades culturales, excursiones o investigaciones sobre sus ‘raíces’ en Colombia, así como eventos de fútbol o de teatro. Algunos eran siempre visibles en eventos y actos *latinos* más generales.

La Haya es de lejos la ciudad con más colombianos, seguida por Amsterdam y por Rotterdam. De nuevo, los colombianos no se concentran en áreas particulares de estas ciudades sino que se mezclan en muchos vecindarios de inmigrantes o barrios mixtos: por ejemplo en el Laakkwartier, Transvaalk wartier o Den Haag Centrum de La Haya; en Amsterdam West, Oud Zuid o De Pijp de Amsterdam; o en Zuid, en Rotterdam.

Composición de clase y capital social

El trasfondo socioeconómico y cultural de los inmigrantes colombianos es heterogéneo, lo que refleja los motivos diferentes que han tenido para ir a Holanda. Pertenecen a varios grupos étnicos y estratos sociales, desde los bajos hasta la clase media alta. Mientras las diferencias étnicas y regionales se mitigan durante la experiencia inmigrante, las disparidades de clase y educativas son fuentes permanentes de fragmentación social en el seno del grupo colombiano. Con algunas pocas excepciones⁶, no hay actividades ‘étnicas’ comunes o negocios que conecten entre sí a los colombianos de las diferentes clases sociales.

Un primer grupo de jóvenes mujeres vino o permaneció en Holanda básicamente porque habían encontrado una pareja local, en la mayor parte de los casos a un holandés pero también a un español o a un antillano. Encontré bastantes situaciones en los que el encuentro no se produjo en Holanda. Se trataba de empresarios holandeses, estudiantes, turistas, comerciantes o marineros que viajaron al exterior y que se encontraron con una mujer colombiana de una manera o de otra. Otros las encontraron en los enclaves caribeños holandeses, lugares visitados y habitados tanto por holandeses como por colombianos. Aún otras colombianas se encontraron con sus parejas locales en el transcurso de una visita a algún pariente que estaba viviendo en Holanda. Estas inmigrantes por ‘amor’ tienden a proceder de clases medias con, por lo menos, la educación secundaria completa y alguna experiencia laboral. Dentro de este grupo encontré a mujeres con licenciaturas en derecho, psicología, contabilidad, periodismo, o que estaban empleadas en Colombia como secretarías, vendedoras, operadoras turísticas o empleadas de fábricas. Como explicaré más adelante, ellas usualmente no mantuvieron sus ocupaciones o carreras una vez establecidas en Holanda. Sólo algunas, después de un período en el que aprenden la lengua y completan nuevos estudios o se capacitan, podrán eventualmente encontrar trabajos apropiados a su nivel educativo. Hasta entonces, o bien trabajan en trabajos no cualificados o son financieramente dependientes de sus parejas o de la beneficencia social.

Un segundo grupo, también formado mayoritariamente por mujeres, llegó a Holanda en busca de mejores oportunidades laborales. Esta migración laboral es muy dependiente de las redes personales que constituyen los parientes y los amigos

⁶ Las más notables son los negocios con la cocaína, que a menudo unen, por ejemplo, a trabajadores sin capacitación con personas con estudios universitarios.

ya establecidos (migración en cadena) y en principio tiene como objetivo la economía informal, siendo los dos ejemplos paradigmáticos la prostitución y el servicio doméstico. Estas mujeres tienden a proceder de clases más bajas, pero aún tienen algunos niveles de educación formal. Algunas estaban desempleadas; otras tuvieron experiencia previa en empleos de bajos ingresos en la economía formal o informal. En algunos casos, ellas tenían familia en Colombia, que aún depende de ellas o que posteriormente, una vez ya asentadas, han llevado a Holanda. Por lo general no planean permanecer mucho tiempo en Holanda, especialmente cuando se dan cuenta de que las oportunidades de un empleo formal están bloqueadas: ellas se quedarán tanto tiempo como puedan para apoyar la subsistencia familiar y dar cuenta de aspiraciones materiales por largo tiempo deseadas. Muchas de estas mujeres eventualmente superan su precaria situación en Holanda deviniendo residentes legales, ya sea encontrándose con un hombre local que quiera apoyarlas o las provea con un permiso de residencia. Otras regresan a Colombia después de algunos años, siendo seguidas aún por algunos parientes que caminan tras sus pasos.

Hay también algunos hombres en este segundo grupo. A menudo son parientes o amigos de la mujer 'pionera' del primer o segundo grupo que ya se ha establecido y que puede ayudar a los recién llegados con las necesidades básicas, como son el alojamiento y los contactos para lograr empleo.

La ausencia de trabajadores más capacitados o de migrantes profesionales entre los recién llegados, quienes podrían entrar rápidamente en la economía formal, es producto de varias circunstancias. Primero, las restrictivas leyes de migración colocan una barrera que, en el caso de los colombianos, está particularmente dirigida a los hombres. Segundo, los obstáculos culturales y lingüísticos hacen que estos migrantes seleccionen otros destinos, como los Estados Unidos, el Reino Unido o España. Finalmente, estas cadenas de migrantes descritas más arriba no pueden ayudar a estos migrantes altamente capacitados. Sólo aquellos que son capaces de salvar estos obstáculos (casándose con un nativo, reentrenándose en Holanda y penetrando en el mercado de negocios holandeses) tienen la oportunidad de ocupar niveles más altos en el mercado laboral formal. Las excepciones a todo esto son, por supuesto, los miembros del personal diplomático, algunos gerentes y empleados temporales de unas pocas compañías colombianas, y algunos alumnos de intercambio entrenados. Sin embargo, sólo una pequeña fracción de todos ellos permanece en Holanda.

Del pequeño número de los artistas colombianos (músicos, bailarines, pintores y escritores), sólo algunos estaban activos en Colombia pero ninguno migró debido a sus carreras o actividades artísticas. El muy pequeño grupo de refugiados políticos reconocido oficialmente tiende a proceder de clases medias y eventualmente tienen unos niveles de educación por encima del promedio.

Pese a que esta heterogeneidad se refleja también en la segunda generación de Colombianos⁷, este grupo de niños y adolescentes tiene características más comunes

⁷ Durante los años ochentas muchas mujeres vinieron a Holanda con sus hijos pequeños. Aunque estadísticamente son considerados como inmigrantes de primera generación, ellos tienen todas las

entre sí en términos de educación formal, bilingüismo y perspectivas futuras en el medio holandés. Muchos de ellos alcanzan la educación superior y están en mejores condiciones de obtener un mejor trabajo que sus padres colombianos.

Holanda no es un destino interesante para los profesionales colombianos, sin embargo tampoco atrae inmigrantes empresarios. Como explicaré a continuación, aunque muchos colombianos tienen buenas habilidades para el comercio y mucha experticia en los negocios, están ausentes algunas de las condiciones necesarias para la emergencia de una clase empresarial local. Los pocos empresarios encontrados en esta investigación no traen su capital de fuera sino que tienden a depender de fuentes locales, ya sean sus ahorros laborales o bien de fuentes externas procedentes de sus parejas nativas holandesas.

¿Bienvenidos?

Como explica Portes (1995), la forma en que los migrantes son incorporados en las estructuras sociales y económicas locales no está determinada exclusivamente por su capital humano y sus capacidades individuales. Como miembros de estructuras y redes más grandes, el proceso de asimilación se ve afectado por su interacción con el contexto social. Los efectos contextuales se reflejan en tres diferentes niveles de recepción: las políticas de inmigración del gobierno, la aceptación de la sociedad civil y la opinión pública, y, finalmente, la naturaleza de las comunidades co-étnicas que también están presentes. Vamos a ver cómo estos tres niveles afectan a la asimilación específica de los colombianos en Holanda.

Holanda no tuvo una historia previa significativa de dominación colonial, geopolítica o económica sobre Colombia, aspectos que a menudo influyen algunos de los destinos en los flujos de inmigrantes. Pese a ser considerada como parte del 'primer mundo', Holanda está cultural y geográficamente lejos, siendo una tierra realmente extraña y remota para quienes no tienen referencias directas por parte de parientes o amigos. Es más, Holanda nunca se ha enfrascado en un trabajo sistemático de reclutamiento de trabajadores en Colombia. Sin embargo, si –hasta inicios de los años noventa– los colombianos llegaban a Holanda sin invitación oficial, desde entonces su entrada ha sido activamente combatida mediante leyes más restrictivas cada vez. Los recién llegados no reciben ayudas y se les niegan los derechos básicos. Las demandas de asilo les son rutinariamente negadas a los colombianos, e incluso las leyes de migración tratan de desanimar a los nativos para que lleven parejas colombianas a Holanda. A los estudiantes genuinos y a los turistas se les niegan a menudo las visas incluso cuando los requerimientos legales están completos. En este nivel oficial, la recepción de los colombianos puede ser definida como hostil.

características de sus compañeros de segunda generación (bilingüismo, no intención de retorno, movilidad social, etc.). Por tanto, no hago ninguna distinción entre ambos grupos de jóvenes.

El segundo nivel de recepción implica la aceptación social o el rechazo por parte de la sociedad holandesa, no sólo en términos de exigencias instrumentales sino también en términos de opinión pública e imágenes. Este nivel de reacción es más contradictorio puesto que diferentes grupos e individuos son aceptados o rechazados de muchas formas por parte de varios grupos sociales. Los arquitectos colombianos, por ejemplo, tienen muchas posibilidades de ser discriminados o ignorados por parte de sus colegas holandeses, mientras que las prostitutas colombianas no sólo son aceptadas sino animadas a venir por parte de sus muchos clientes nativos. Las mujeres colombianas son vistas positivamente por los hombres nativos en tanto que mujeres exóticas, atractivas sexualmente, calientes, espontáneas, honradas, fieles, amorosas y buenas trabajadoras. ‘¿Qué más se puede esperar de una mujer?’ escuché decir una vez a un holandés. Esas imágenes parecen jugar un papel positivo en su relativo éxito como prostitutas y como potenciales compañeras/esposas de los hombres nativos. Algunos otros elementos contribuyen a garantizar, por lo menos, algo más de indiferencia pública hacia los colombianos: son tolerados en tanto que ‘occidentales’ y católicos; son pocos y están dispersos; muchos de ellos son mujeres; su música y baile son muy populares en Holanda, etc.

Sin embargo, muchos se sienten discriminados y estigmatizados por la mala reputación de Colombia como productora de drogas, de pobreza y de violencia endémica. Este sentimiento es particularmente notable entre los hombres, los inmigrantes ilegales y los altamente capacitados o educados. En términos generales, sin embargo, la recepción de los colombianos puede ser caracterizada como natural o positiva.

Finalmente, un tercer nivel de recepción depende de la naturaleza de la comunidad colombiana ya existente. La asistencia de parientes y amigos es esencial para todos los colombianos recién llegados. Esta pequeña red personal es necesaria para asegurar un crédito inicial, alojamiento, contactos para el empleo, soporte social y psicológico básico, y envíos de dinero a Colombia. Sin embargo, estas redes ‘étnicas’ raramente van más allá del parentesco. De hecho, como explicaré, *no* hay una comunidad colombiana para recibir o asistir a los recién llegados. Se ven forzados a disolverse y a dispersarse entre otros grupos de migrantes o de nativos, por lo que están menos protegidos de los prejuicios externos y del choque cultural. La falta de una substancial presencia empresarial y profesional reduce las oportunidades de los nuevos colombianos que llegan. Hay más bien una débil recepción de los co-nacionales.

La recepción de los colombianos en Holanda puede ser conceptualizada como oficialmente hostil, socialmente neutra o positiva, y étnicamente débil. ¿Qué suerte de comunidad inmigrante se forja en estas condiciones? Antes de encarar esta pregunta, es todavía necesario mostrar lo que ellos hacen en Holanda y los obstáculos que enfrentan.

Estrategias de supervivencia

El mercado informal

Quizás la mitad de los inmigrantes colombianos trabajan en el mercado informal. Este grupo incluye no solo a la gran mayoría de los inmigrantes ilegales (hombres y mujeres), sino también a algunos residentes legales que, o bien tienen mejores ingresos en la economía informal (prostitución) o que trabajan en ella a tiempo parcial para obtener algunos ingresos extras. Se puede argumentar que muchos colombianos se concentran en dos *nichos* ocupacionales informales: la prostitución y el servicio doméstico. Por supuesto, su importancia en ambas actividades no es absoluta sino relativa dependiendo del tamaño del grupo. Cabeza:

La mayor parte de las mujeres aquí [en La Haya] están limpiando. Un buen número está trabajando detrás de las ventanas. Algunas se retiran y otras nuevas se van viniendo. Algunas desaparecen por un tiempo pero las puedes ver otra vez después de algún tiempo.

Prostitución

La prostitución es por supuesto una fuente de ingresos para muchas mujeres inmigrantes colombianas, tanto legales como ilegales. Muchas prostitutas colombianas trabajan para *sex entrepreneurs* (propietarios de clubs) legales o bien son independientes (arrendando *ventanas*). Sus actividades son informales dado que no son perseguidas criminalmente pero tampoco están plenamente integradas a la economía legal.

A finales de los años noventas, entre 2.000 y 5.000 colombianas estaban trabajando como prostitutas en Holanda⁸. Constituyen no sólo el grupo más extenso dentro de la comunidad colombiana en general (proporción que estimo está entre el 15% y el 30%), sino que también, junto con las mujeres dominicanas, son el mayor grupo entre las prostitutas latinoamericanas. El resto lo componen pequeños grupos procedentes de Brasil, Ecuador –especialmente transexuales y travestis–, Perú, Argentina y México. Se concentran en áreas urbanas, pero es posible encontrarlas también en pueblos pequeños. Dependiendo de la ubicación, las políticas locales hacia la prostitución y su estatus legal en tanto que extranjeras, ellas trabajan

⁸ Es difícil estimar su número actual ya que el incremento de la represión contra las prostitutas ilegales las ha forzado a esconderse o a circular a lo largo de Holanda y Europa. Algunos informantes que trabajan en instituciones para latinos (Iglesias y servicios sociales) hablan de cerca de 2.000 o 3.000, mientras que Polanía y Janssen (1998: 20) elevan a 5.000 el número de mujeres prostituídas, elevando por tanto el porcentaje final.

en sex-clubs y burdeles (Rotterdam y La Haya), ventanas⁹ (en los distritos de la zona roja de Amsterdam y La Haya), casas privadas y granjas (en las pequeñas municipalidades y en las áreas rurales) y en las calles (*tippel*- o zonas de tolerancia en Amsterdam y Rotterdam).

La primera oleada de mujeres llegó a Holanda durante los años setentas e inicios de los ochentas, siguiendo a un primer flujo de mujeres del sudeste asiático. Desde entonces ambos grupos de mujeres fueron reclutados por los propietarios nativos con el objetivo de ampliar sus negocios sexuales; muchas de estas mujeres llegaron por medio de intermediarios quienes arreglaron sus viajes. Otras mujeres colombianas, como muchas mujeres dominicanas en ese tiempo, llegaron vía Panamá o desde las Antillas holandesas, donde estaban ya trabajando. Muchas se casaron con un hombre holandés para poder viajar, obteniendo rápidamente la nacionalidad holandesa. En términos generales, esta primera generación tendía a trabajar en hoteles, clubes y burdeles bajo la estricta supervisión de proxenetas o empresarios del sexo, a menudo sufriendo duras condiciones de explotación. Gradualmente se hicieron más experimentadas e independientes, saliendo algunas eventualmente de los clubes hacia las ‘ventanas’ de, por ejemplo, la *Poeldijksestraat* y la *Doubletstraat* en La Haya. En contraste con sus colegas dominicanas y con las mujeres que más tarde llegarían de Africa (Ghana y Nigeria) y del Este de Europa (Polonia, Rusia, Ucrania y República Checa), esta primera generación de mujeres colombianas usualmente se las arregló para deshacerse de los proxenetas y construirse así una reputación de trabajadoras independientes o auto-empleadas¹⁰. Algunas regresaron a Colombia; otras se casaron con clientes nativos y abandonaron ‘la vida’; otras incluso se casaron con sus proxenetas o *managers* de clubes y empezaron a organizar, en Holanda o Colombia, el reclutamiento de nuevas mujeres colombianas. Finalmente, otras permanecieron activas y se las puede ver aún, ya en sus cuarenta, trabajando y transmitiendo su larga experiencia en los negocios a una generación más joven. Muchas de estas mujeres vinieron originariamente de las áreas urbanas y de los departamentos de Cundinamarca, Antioquia, Risaralda, Quindío y Valle del Cauca.

Pese al hecho de que muchas de estas mujeres fueron seguidas por una cadena de migración estable compuesta por familiares y amigos, un nuevo flujo de mujeres colombianas se intensificó durante la segunda mitad de los años noventas. Con pocas posibilidades para arreglar matrimonios u obtener permisos legales, estas

⁹ La ‘prostitución de ventana’ representa quizás el 20% del total de oferta en Holanda y es particularmente popular entre las prostitutas extranjeras. Consiste en una habitación con una ventana que da a la calle o a un corredor, desde la que una mujer vestida con lencería se muestra a los posibles clientes. La prostituta paga por el arriendo de la ventana entre 50 y 75 US\$ por día por ocho horas.

¹⁰ Esta imagen (y auto-imagen) de las prostitutas colombianas como más ‘emprendedoras’ fue confirmada por todos los informantes de campo, incluyendo a las prostitutas colombianas y a las dominicanas, a los trabajadores sociales, los líderes religiosos y a todos los colombianos cercanos a estas mujeres. Se las contrasta usualmente con las mujeres dominicanas, que tienen un trasfondo rural y un origen mucho más pobre.

mujeres muy jóvenes, algunas menores de edad, vinieron sobre todo de la región del Valle del Cauca –Cali y sus alrededores– con un número significativo procedente de ciudades como Palmira, El Cerrito, Pereira y Manizales. Muchas de ellas son ilegales, y son a menudo ayudadas por las generaciones más viejas.

De esta segunda generación, algunas tienen novio en Colombia. Casi todas tienen familia allí, y muchas tienen hijos pequeños a quienes sostienen con envíos regulares de dinero. Ellas les mienten usualmente acerca de su fuente real de ingresos, y sus familias a menudo pretenden creerles. Algunos de los trabajos mencionados para encubrir su profesión real son la peluquería, la limpieza, el cuidado de niños, como empleadas de hotel y como modelos fotográficas. Algunas mujeres encuentran un compañero nativo en Holanda.

Muchas de estas mujeres no habrían trabajado en la prostitución antes y hubieran preferido otra profesión si la hubieran podido tener en Holanda. Aurelia es una joven prostituta procedente de Cali que trabaja tras una ventana en la *Doubletstraat* en La Haya. La encontré por medio de Cabeza, uno de los pocos hombres cercanos a los que ella reconocía como un verdadero amigo. Ella cerró la ventana y nos ofreció una taza de café:

Esto es temporal, yo quiero otra cosa, incluso limpiar está bien. La única cosa que no quiero hacer es cuidar niños, los niños me vuelven loca. Trabajaba en Cali de vendedora, y era buena, eh; quizás podría también vender cosas aquí. Mi hermana viene la próxima semana y está buscando un lugar pequeño para ambas.

Aurelia pareciera tener grandes problemas éticos con el trabajo, pero otras prostitutas colombianas con las que me encontré en la misma calle no fueron tan explícitas al respecto. Algunas ya estaban también trabajando como prostitutas en Colombia y querían permanecer en el negocio tanto como pudieran para poder ahorrar dinero y mandarlo a Colombia.

Pese a que muchas mujeres proceden de clases bajas o medias bajas, otras han completado la educación elemental o la secundaria. Cabeza me explicó lo que para él era la principal línea de división entre prostitutas:

La mayor diferencia recae en la educación. Aquellas que han estudiado y tienen la idea de progresar en la vida, de ir más allá, en general sufren mucho y lo hacen sólo por un tiempo. Otras nunca estudiaron, y se quedan hasta que son demasiado viejas. Mira, a ellas les gusta esta vida, ellas no tienen problemas en decir que son prostitutas.

Jéssica era enfermera en su país y vino a Holanda pensando que su diploma podría ser validado. También intentó seguir con sus estudios y capacitación. Sin embargo, necesitaba desesperadamente dinero para su hermana y acabó en una

‘ventana’. Paga al día 40 US\$ por la habitación (8 horas), con lo que el propietario termina ganando unos 100 US\$ al día por habitación. Algunas de estas habitaciones no están bien cuidadas.

Las prostitutas ilegales muestran un mayor grado de movilidad. Algunas trabajan durante unos meses, pasando el resto del año en Colombia. Otras se mueven por diferentes países europeos, especialmente Alemania, Suiza y España. Marga:

Muchas mujeres van a lo largo de Europa. Ellas conocen cuándo es mejor para trabajar en cada lugar. Algunas ven a Holanda como unas vacaciones relajadas, ves, menos dinero, pero en mucho mejores condiciones.

También estas mujeres se mueven alrededor de varias ciudades de Holanda, tanto buscando mayores beneficios en ciertos distritos como escapando de las redadas policiales o de los proxenetas explotadores. Encontré además a prostitutas colombianas que habían intercambiado sus puestos o se habían reemplazado entre sí.

A menudo las prostitutas colombianas fueron vistas como reventadoras del mercado, trabajando a precios más bajos o sin condón, laborando por largas horas y aceptando condiciones de trabajo insanas. Muchas mujeres en La Haya aceptaban trabajar por 12.50 US\$, una tarifa muy por debajo de los 30 US\$ solicitados en Amsterdam. En algunos casos, necesitaban a los primeros cuatro clientes para poder pagar sus gastos diarios, obteniendo ganancias sólo con los clientes posteriores.

Las ganancias varían mucho de acuerdo con los casos particulares. Van desde las de las mujeres que tras un par de años pueden comprar una o dos casas en su Colombia natal, hasta aquellas que difícilmente acumulan algo. Algunas incluso empeoran sus condiciones financieras después de contraer deudas que no pueden pagar. En términos generales, ganan bastante más de lo que podría ser su promedio de ingreso potencial en Colombia. Muchas envían remesas regulares y regalos, y pasan Navidad y Año Nuevo en Colombia.

Cintia viene de un pequeño pueblo cercano a Manizales, y trabaja como prostituta ilegal en la *Poedijksestraat* en La Haya. Permanece sólo durante 8 meses en Holanda, donde arrienda una habitación cerca de las dos calles principales de prostitución. El resto del tiempo lo pasa en su pueblo natal en Colombia con sus dos hijos pequeños. Como madre soltera, los niños tienen que vivir con su abuela cuando ella está trabajando en Holanda: *Yo envío dinero para mantener a mi madre y a mis hijos, les compré una casa. Ves, es malo acá, pero ellos comen bien y visten buenas ropas.*

Cintia está cerca de cumplir los treinta años y reclama que conoce la ‘vida’. Parece disfrutar enfrascándose y jugando juegos con sus clientes. Leticia confirma su afirmación:

Deberías verla hablando con estos jóvenes holandeses, riéndose de ellos. A Cintia le gusta el trabajo, ves, se ha acostumbrado. Sólo está pensando acerca de hacer más y más dinero, y el resto no es tan importante. Ella es el tipo de chica que busca a un hombre rico.

Otros trabajos y rebusques

Pese a los potenciales altos beneficios, muchas mujeres no quieren trabajar en la prostitución, no tienen los contactos suficientes en el circuito o prefieren la seguridad del trabajo asalariado, así que ellas explotan la demanda local de empleadas domésticas y de niñeras. Ambos servicios son más caros si son contratados en la economía formal, así que muchos hogares holandeses recurren a los inmigrantes ilegales para obtener estos servicios más baratos. Estas trabajadoras usualmente trabajan durante largas horas combinando varios empleadores, no tienen ninguna protección laboral formal, y son pagadas en metálico por cada hora trabajada. Algunas mujeres también limpian bares, oficinas o estudios.

Para los hombres colombianos, la economía informal ofrece una mucho más limitada gama de actividades. Algunos están también empleados en el servicio y la limpieza de bares y restaurantes (no colombianos), ganando los mismos salarios que las mujeres. Otras personas trabajan en actividades estacionales ligadas con la jardinería y con la 'agricultura en invernaderos'. Igualmente encontré a hombres trabajando como distribuidores de periódicos o de folletos, empleados ilegalmente en lavanderías, o esporádicamente contratados para realizar pequeños trabajos de refacción o de renovación en casas. Aún otros eran contratados para ayudar en la organización de grandes eventos comerciales de baile. Algunos hombres inmigrantes ilegales se quejaban de las crecientes dificultades para encontrar trabajos informales, mientras otros sugerían que los trabajadores legales no llenaban la demanda creciente de trabajadores sin cualificación.

Además, algunos hombres y mujeres también se emplean en trabajos de tiempo parcial conectados a varios circuitos. Algunas personas cocinan y venden comida colombiana (*empanadas, tamales, rellena, patacón, arroz con pollo*, etc.) para restaurantes informales, eventos especiales o para el circuito de la prostitución callejera. Otros colombianos dan lecciones privadas de castellano a una clientela variada. Finalmente, algunos otros se desempeñan como traductores e interpretes informales.

Debe enfatizarse de nuevo que la mayor parte de todas estas actividades informales no están enmarcadas en ninguna 'economía étnica' propia (Light y Karageorgis, 1995). Estos servicios y trabajos se hacen para clientes y empleados nativos: las prostitutas trabajan para hombres nativos, las aseadoras y las niñeras trabajan en casas de holandeses, los profesores de idiomas trabajan para los holandeses, etc. Sólo un pequeño número de colombianos trabaja informalmente para otros colombianos, especialmente en la limpieza y como niñeras. En muchos casos, se trata de un pariente que trabaja sin recibir sueldo a cambio de comida y

alojamiento o, algo extremadamente raro, pertenece a algún negocio familiar en el que él o ella deben ayudar.

Pese a que la mayor parte de estas transacciones informales no son inter-étnicas, estas oportunidades laborales –especialmente en la prostitución y en el servicio doméstico– son altamente dependientes de la información, los contactos y las recomendaciones proveídas por con-nacionales, ya sean parientes o amigos. De esta manera, una dinámica y variada demanda de estos servicios estimula una cadena migratoria (ilegal) de parientes y amigos que desean tomar estos trabajos.

Por ejemplo, la llegada pionera de Amanda a mediados de los años ochentas dio lugar a una cadena de migración de por lo menos 15 parientes directos y políticos durante los últimos quince años. Todos ellos trabajan en actividades informales, muchos en el servicio doméstico, en el cuidado de niños y en la construcción. Sólo una mujer trató de regularizar su situación volviendo a casarse con un hombre nativo. Los otros han permanecido como inmigrantes ilegales durante un par de años o incluso más. Algunos aún tienen compromisos en Colombia –hijos– y quieren regresar después de acumular algo de dinero, pero otros prefieren y tienen la oportunidad de permanecer y reconstruir sus vidas en Holanda. Todos ellos sueñan con la posibilidad eventual de encontrar compañeros nativos o en ser declarados legales por los empleados del gobierno. Sólo bajo estas condiciones pueden pensar seriamente en derechos básicos, perspectivas de estudio o trabajo formal.

Traquetos y empleados

Siendo Holanda un centro clave de la importación y distribución de cocaína para el mercado europeo, no es sorprendente que muchos nacionales colombianos vivan del negocio de la cocaína, ya sea transportándola, importándola o vendiéndola. Es un grupo heterogéneo, pequeño y cambiante, mayormente compuesto de hombres, con una gran variedad de orígenes geográficos, sociales y étnicos, que sin embargo durante los últimos quince años ha atraído la atención de la policía y de los medios de comunicación, ha mantenido un nombre y una reputación en el negocio de la cocaína, y ha afectado profundamente, por lo menos en términos simbólicos, las relaciones entre los inmigrantes colombianos.

Muchos de ellos no viven en Holanda o sólo están allí temporalmente. Las tareas, riesgos y capacidades requeridas difieren mucho entre sí, y las probabilidades de fracasar o de tener éxito son muy distintas de acuerdo con el nivel de implicación, el estatus legal, el grado de organización y la sobre posición con estructuras y arreglos legales.

Varios colombianos están envueltos en el transporte de cocaína a Holanda. Cualquiera que sea el método, estos correos no son nunca independientes sino que son empleados por exportadores e importadores para ‘coronar’ embarques a través de diferentes rutas. Tienden a no vivir en Holanda y comparten este trabajo tan arriesgado con correos menos conspicuos reclutados en otros muchos países.

Los nacionales colombianos están también activamente implicados en la organización de la importación de cocaína a Holanda. Aunque muy lejos de controlar este nivel, cierto número de importadores colombianos independientes compite tanto como colabora principalmente con los importadores holandeses y con los surinameses, y en menor medida con importadores de otros países. La participación colombiana es muy modesta en cuanto a las pequeñas cantidades, contrabandeadas básicamente por aire, pero es llamativamente alta en los grandes cargamentos embarcados desde Colombia por mar. En general, se puede argüir que los importadores colombianos son más vulnerables que los holandeses puesto que tienen problemas tanto para usar como para erigir empresas o sociedades de importación-exportación. Alrededor de estos empresarios ilegales, cierto número de colombianos es empleado o subcontratado para efectuar las tareas importantes: descarga, transporte interno, vigilancia de la descarga, seguridad y ayuda logística como anfitriones, conductores, traductores y operadores telefónicos.

Los colombianos están también implicados en el conjunto de la distribución en Holanda. Sin embargo, su posición a este nivel es más débil y más errática que en la importación, mostrando una clara desventaja respecto de otros operadores locales. En contraste con el caso norteamericano, a las redes de nativos colombianos les faltan las características esenciales requeridas para una implicación exitosa en la distribución comercial: sin infraestructura, sin protección y con débiles canales de mercadeo. Sin embargo, se benefician de la indiferencia y la tolerancia de sus compatriotas no implicados, de las dificultades de la policía para infiltrarlos o para conseguir información acerca de este grupo, y de la reputación que ellos tienen en el negocio. También se apoyan en colaboradores colombianos, a menudo menos diestros que aquellos vinculados a las tareas directas de importación. Algunos de estos colaboradores pueden ser vistos como ‘pobres’ *traquetos* que tienen que luchar para obtener el favor del empresario de la cocaína, viven metidos en problemas financieros permanentes, y a menudo combinan la venta de drogas con otros *rebusques* o actividades ilegales.

Empleo en la economía formal

Un gran número de colombianos con permiso de trabajo o doble nacionalidad está asalariado en la economía formal holandesa. Inmigrantes cualificados, algunos de ellos con un grado técnico o universitario y con experiencia laboral, están a menudo subempleados. Algunos siguen entrenamientos, interinajes o nuevos estudios en Holanda antes de obtener trabajos más cualificados. Entre estos profesionales hay trabajadores sociales, psicólogos, especialistas en medio ambiente y periodistas.

Muchos colombianos, especialmente mujeres, laboran en trabajos no cualificados sobre una base temporal o permanente, básicamente por intermedio de las agencias locales de empleo privadas (*uitzendbureaus*) A menudo, estos trabajos se combinan con los ingresos de algún compañero o pariente, y, en muchos casos, se trata de

trabajos muy cercanos a las labores domésticas. Están sobre todo empleados en compañías de limpieza, supermercados, locutorios, servicios de *catering*, salas de conferencias, hoteles, y como personal administrativo en todo tipo de empresas e instituciones, incluyendo universidades, ONG's, compañías de computación o industrias químicas. Otros disponen de trabajos más estables como secretarías, técnicos o administradores de nivel bajo en empresas de ingeniería y construcción, compañías aéreas, u hoteles caros. Sin embargo, no encontré gerentes o empleados de alto nivel entre los inmigrantes colombianos.

Aparte de todo esto, un muy pequeño grupo trabaja legalmente en los pocos negocios o instituciones colombianas existentes en Holanda. Entre ellos se encuentran algunas oficinas locales de empresas colombianas (*Uniban*, *Transportadora Marítima Grancolombiana*, etc.), la Embajada colombiana y los consulados, algunas pequeñas empresas de importación-exportación y algunos bares y restaurantes.

Muchos colombianos con altos niveles educativos y capacitación están a menudo dispuestos a aceptar, al menos provisionalmente, trabajos muy duros en los que pueden fácilmente ganar dos veces más de lo que podrían obtener en trabajos de cuello blanco en Colombia. Pese al hecho de que parece existir una fuerte demanda para estos trabajos ocupados por colombianos, debe tenerse en mente que muy a menudo este trabajo no es el primer atractivo que atrae a esta gente a venir o permanecer en Holanda. En este sentido, esta migración es, en muchos casos, el resultado de decisiones individuales que conciernen no sólo a razones económicas; se da también a causa de existir cónyuges nativos, de procesos de reunificación familiar (ilegal), de la búsqueda de nuevos estilos de vida o del avance en el conocimiento, etc.

Finalmente, cierto número de colombianos vende al mercado holandés habilidades asociadas a la cultura colombiana, para los que existe demanda local. Con o sin entrenamiento formal, la gente trabaja como traductor, profesor de castellano y de salsa en escuelas, institutos y organizaciones, como personal empleado o como contratistas. Unos pocos profesionales, especialmente músicos de jazz y de salsa, también tratan de sobrevivir tocando música para la audiencia local.

Seguridad social y dependencia familiar

Encontré a muchos inmigrantes que recibían beneficios sociales o dependían de los ingresos de su cónyuge. Diferentes tipos de colombianos recibían beneficios sociales: mujeres divorciadas con hijos, artistas, desempleados, e incluso algunas prostitutas y aseadoras que tenían un trabajo sin registrar. De hecho, dado el trasfondo de clase media de muchos de los migrantes y de sus expectativas de consumo, ninguno consideraba suficientes estos beneficios y trataban de combinarlos con el trabajo informal.

Muchas mujeres, sin embargo, permanecían en casa y tenían trabajos de tiempo completo como amas de casa y madres. Algunas se sentían frustradas acerca de su carrera rota. Otras sólo dependían de sus maridos por un tiempo, mientras eventualmente encontraban un trabajo. Encontré, entre los cónyuges holandeses, a oficiales de policía, camioneros, pensionados, comerciantes, analistas de computación, peluqueros, pequeños empresarios, investigadores científicos y obreros de la construcción.

Estudiantes

Hay dos tipos de estudiantes en Holanda. El primer grupo lo forman estudiantes de intercambio que sólo vienen a Holanda con una beca y regresan a Colombia después de entre 6 meses y dos años. Estudian muchas disciplinas, pero se concentran en las agropecuarias, las técnicas o de desarrollo y los estudios sociales. Los colombianos largamente establecidos y los jóvenes de segunda generación forman el otro gran –y en incremento– grupo de estudiantes. Están dispersos a través de todo tipo de escuelas, institutos y universidades, y no conforman ningún grupo visible u organizado. Algunos de estos estudiantes también trabajan tiempo parcial para sostenerse.

Los científicos colombianos, que tienen alguna presencia en otros países europeos como Gran Bretaña, España, Francia o Alemania, están casi ausentes de los círculos académicos holandeses.

Empresariado y negocios étnicos: la falta de una infraestructura propia

La mayor parte de los pequeños negocios étnicos son empresas organizadas por parejas colombo-holandesas, en casi todos los casos con capital holandés. Por ejemplo, un holandés casado con una colombiana compra productos colombianos en Alemania (comidas, artesanías y alcohol) que son vendidos en las grandes ciudades holandesas a precios extremadamente altos. Su puesto de venta en *Blaak* (Rotterdam) fue clausurado cuando la policía descubrió que estaba vendiendo *aguardiente* colombiano sin licencia. En La Haya, su tienda de mercado es frecuentada por cocineros y vendedores colombianos.

Los pocos negocios de importación-exportación en manos colombianas –algunos a pequeña escala que incluyen el menudeo de productos importados– están esencialmente limitados a las comidas y las artesanías. Los negocios de importación-exportación más grandes que tienen que ver con productos como el carbón, el café, las flores, los textiles, los químicos y la maquinaria industrial no están en posesión de empresarios colombianos.

Hay también algunas discotecas de salsa, bares y restaurantes dirigidos por colombianos. Estos negocios están dispersos y sólo algunos de sus propietarios

permanecen en el negocio por un tiempo largo. Por varias razones, muchos no duran más que dos años: los problemas financieros que implican las deudas o los impuestos, las peleas entre los propietarios, la re-emigración o las clausuras oficiales por causa de actos violentos o por implicación en el negocio de la cocaína. Algunos de estos negocios son bien conocidos en el circuito *Latino* y tienen un alto grado de visibilidad. No sólo se orientan a los colombianos, sino que también tratan de llegar a una mayor clientela que incluye a otros latinoamericanos, a antillanos, a surinameses y a holandeses. Descubrí también algunas agencias de viajes propiedad de colombianos.

Algunas personas que comenzaron como profesores de idiomas o de salsa terminan por organizar su propio negocio 'cultural' ofreciendo cursos de castellano, salsa o música, en algunos casos combinándolos con actividades más 'comprometidas' alrededor de proyectos de desarrollo en América Latina. Algunos criticaban a estos empresarios por implicarse en lo que algunas personas llamaban 'negocios de la solidaridad'.

Otros negocios típicamente 'étnicos', como las carnicerías, las instituciones financieras, las panaderías u otras tiendas minoristas, en manos de colombianos estaban totalmente ausentes en Holanda.

Obstáculos, identidades, solidaridades

'*Colombiano no se vara*' es un dicho popular repetido una y otra vez por orgullosos inmigrantes colombianos acerca de su proverbial capacidad para sobrevivir. No importa cuán difícil sea la situación, los inmigrantes colombianos reclaman no sólo tener una actitud positiva contra la adversidad sino también soluciones disponibles para sus problemas.

¿Cuáles son los mayores problemas de los colombianos? ¿Se organizan actualmente para superarlos juntos? Ambas cuestiones están sólo parcialmente relacionadas. Muchos problemas no son compartidos y son sólo sufridos por grupos particulares dentro de esta población tan heterogénea. Es más, algunos problemas son de hecho sentidos como creados o ampliados por 'Colombia' y por otros colombianos, así que una única respuesta compartida sería impensable. Sin embargo, muchos problemas son percibidos como comunes y producidos externamente o impuestos a ellos, pero aún así no parece florecer una solidaridad étnica (Bonacich y Modell, 1980). Después de revisar los principales obstáculos sociales y personales que sufren y son percibidos por los migrantes colombianos, trataré de ilustrar los límites de la organización y de la solidaridad 'colombiana'. Identificaré entonces los factores que plausiblemente explican la fragmentación existente entre los colombianos en Holanda.

Colombia como trauma

Sólo unos pocos inmigrantes vienen a Holanda dejando atrás una pobreza aguda. Como se explicó, la emigración es una vía cerrada para los más deprimidos y pobres de Colombia. Incluso cuando los migrantes pertenecen a la clase media baja, su situación es de todas formas substancialmente mejor que aquella de sus padres. De hecho, se puede argumentar que muchos vienen a Holanda precisamente porque han llevado su posición social a un nivel para el que una mayor movilidad está bloqueada o es incierta. Esta privación simbólica o relativa toma varias formas entre los diferentes inmigrantes.

Algunos sufren de desempleo o pueden encontrarse finalmente con una gran insatisfacción laboral. Otros tienen un trabajo, pero son conscientes de que nunca ahorrarán lo suficiente como para poder comprar una casa o mantener grandes hogares. Algunos colombianos miembros de clase trabajadora sueñan con convertirse en auto-empleados o pequeños empresarios, algo para lo que se requiere de un capital inicial. Otros se sienten excluidos de los patrones de consumo que los rodean.

Algunos migrantes han sufrido violencia en Colombia. Encontré hombres y mujeres cuyos maridos, compañeros o hermanos habían sido asesinados. Otros habían sido amenazados y no querían arriesgarse más. Aún otros fueron víctimas de abusos y de violencia doméstica. Pese a los intentos por mostrar una buena imagen del país, cualquiera de los tipos de inmigrantes tuvo experiencia directa con la muerte violenta: un pariente o amigo asesinado, muerto en un accidente, victimizado o perseguido. Para muchos Holanda representa un santuario de paz y armonía.

Estas experiencias –deprivación económica, violencia psíquica, y persecución– no son aún capítulos cerrados para los inmigrantes. Algunas de estas traumáticas experiencias tienen consecuencias persistentes en términos de miedos, actitudes de sospecha y auto-imágenes. Sus parientes y amigos en Colombia aún los conectan con estas realidades. Además, algunos de los recién llegados perdieron a sus familias en Colombia: muchos dejaron atrás a sus hijos o a parientes ancianos.

Illegales y privación material

Los inmigrantes colombianos ilegales siempre se lamentan acerca de las consecuencias de la ilegalidad. Se les niegan los derechos civiles y sociales básicos (salud, educación, alojamiento, voto, jubilación, etc.), no sólo en abierto contraste con los residentes nativos o legales, sino también con respecto a su propio pasado en el que algunos de estos derechos les eran reconocidos. Se sienten discriminados por las instituciones oficiales (empleadores, gobierno, etc.) e ignorados o tratados con condescendencia por los vecinos. Reclaman que son ignorados o por lo menos tolerados por otros colombianos residentes legales, siendo la única ayuda financiera aquella que viene directamente de los parientes que también viven en Holanda.

También los ayudan con el alojamiento inicial, pero con el costo consecuente del hacinamiento. Luego son forzados a pagar altos alquileres, sobre todo a propietarios nativos.

Tanto la asistencia financiera de los parientes como, sobre todo, los trabajos estables informales evitan que se conviertan en marginados; pero estos migrantes están realmente forzados a permanecer al margen de la sociedad holandesa. Las condiciones de trabajo son malas, especialmente en actividades físicamente tan duras como la prostitución y la limpieza doméstica: estas mujeres sufren largas horas de trabajo y tienen problemas de enfermedades crónicas debido a las condiciones deficientes en términos de seguridad o sanidad.

Estos migrantes tienen pocas posibilidades de moverse. No pueden abandonar el país, aún cuando tengan dinero, ni tampoco visitar a sus parientes por Navidad. De hecho, raramente se convierten en visitantes asiduos de los espacios públicos: pasan la mayor parte de su tiempo en casa, restringiendo su vida social externa a las fiestas privadas y las visitas domésticas. Los que tienen hijos también se quejan de la falta de perspectivas para ellos en Holanda. Pese a que la policía de extranjería holandesa no busca ni persigue activamente a la mayor parte de estos inmigrantes colombianos ilegales¹¹, todos ellos viven con miedo a la posible expulsión. Ansiedad y estrés son endémicos entre muchos de los inmigrantes ilegales colombianos con los que me encontré.¹²

Para los inmigrantes en mejores condiciones, con permisos legales o con doble nacionalidad, no existen muchos de estos problemas. Sin embargo, incluso aquellos que disfrutaban de seguridades básicas también se sienten privados en formas sutiles más variadas. Unos se refieren a situaciones de alta dependencia respecto de los cónyuges holandeses o del Estado. Otros, particularmente los más capacitados y educados, a menudo arguyen que están trabajando por debajo de su nivel y que tienen ingresos mucho más bajos que sus 'pares' holandeses. Quienes envían regularmente remesas a Colombia encuentran muy difícil ahorrar dinero tal y como habían planeado originalmente.

¹¹ Las políticas oficiales holandesas invocan motivos 'humanitarios' tanto para tolerar a los inmigrantes ilegales (contra las *razzias* y las afirmaciones policiales) como para perseguirlos (contra la esclavitud social y económica). Estos argumentos están combinados con una retórica de la 'ley y el orden' acerca de expulsar a los más peligrosos socialmente (contra los criminales ilegales). En realidad, no es la utilidad 'humanitaria' sino la 'económica' la que decide quién se queda y quién es expulsado. A aquellos que ocupan los trabajos peor pagados (aseadores) se les permite quedarse. Los autoempleados (las prostitutas) deben irse. Es más, no es el 'crimen' sino la 'polución visual' y la molestia el criterio en juego. Los más hábiles y mejor preparados que están fuera de la ley (importadores de drogas, ladrones y estafadores) son difíciles de encontrar o de expulsar exitosamente. Los pequeños expendedores, ladronuelos, turistas de drogas y, de nuevo, las prostitutas, son por el contrario considerados los criminales ilegales *par excellence*.

¹² Estas características de los inmigrantes colombianos ilegales han sido encontradas también en Bélgica (Murillo Perdomo, 1996) e Inglaterra (Pearce, 1990).

Alterizando lo holandés: identidad y ‘quejas’ culturales

Sin embargo, Colombia no es vista sólo como una fuente de problemas. Así como tampoco la precaria situación de los inmigrantes es un tema de conversación diaria. Al contrario, muchos colombianos de primera generación colocan a las condiciones sociales, culturales o del tiempo en Holanda en el centro de sus conversaciones diarias. El orgullo y la auto-identidad son a menudo reforzados por medio de todo un conjunto de referencias negativas sobre ‘Holanda’ y los ‘holandeses’, que pueden tomar la forma de chistes, ironías, apuntes críticos, quejas abiertas o comentarios en voz baja. Los extremos hasta los que se representa peyorativamente al otro varían de acuerdo con las personas y con las situaciones, pero a menudo cristaliza en la confrontación abierta. La gente se centra en varios temas cuando se trata de rebajar a Holanda. Alrededor de estos temas recurrentes, los colombianos se sienten cerca unos de otros.

Un primer ‘problema’ es por supuesto el clima holandés. Pese al hecho de que hay por supuesto un gran contraste en términos de temperatura y horas de sol, las constantes referencias al clima son usadas para alabar sus propias tierras natales.

Segundo, muchas quejas están dirigidas contra la ‘fría’ vida social y las formas nativas de relacionarse y de expresar las emociones. De una forma o de otra, se refieren usualmente a la falta de cultura ‘en la calle’ y ‘nocturna’; a gente con un lenguaje corporal poco desarrollado; a la tendencia a evitar conflictos que se asocia a menudo con nociones de cobardía y debilidad; a una mentalidad predominantemente pragmática y de negociantes; y a un comportamiento formal y respetuoso de la ley. Desde estas características, aparecen un conjunto de ‘diferencias’ culturales. Es común escuchar que “mi marido no puede bailar de ninguna forma”, “mi médico no ha hecho nada con mi dolor de barriga”, o que la fiesta “ha sido tan divertida como un funeral”.

Las relaciones de familia son el siguiente tema de conversación, especialmente entre las parejas mixtas. Dado que las familias no juegan allí un papel central en la vida diaria, las mujeres colombianas tienen un sentimiento mezclado acerca de sus nuevas familias holandesas: por un lado enfatizan una especie de postura de indiferencia, lamentando la débil y poca interacción entre los miembros de la familia. Algunas mujeres indican que incluso “ellos no saben lo que yo hago”, “ellos no me ayudan con los niños”, o que “ellos tienen unas reuniones familiares aburridas”. Pero por otro lado, muchos parecen disfrutar de una buena relación personal con sus parientes políticos, agradeciendo su actitud no intrusiva ni conflictiva hacia ellos.

La lista de ‘quejas’ culturales que he escuchado a los migrantes colombianos es infinita: el almuerzo es servido demasiado temprano; la comida es demasiado frugal; los holandeses no practican ninguna religión (lo que está asociado a una mentalidad materialista), las fiestas son aburridas y terminan demasiado pronto; etc.

Un tema muy importante es el lenguaje. El castellano no es sólo central a la identidad de los migrantes colombianos, sino que es algo que los conecta con la gente de todo el continente. Es el elemento clave para sentir y actuar al mismo tiempo, por ejemplo, como *paisa* o como *latino*. El castellano es considerado como un bien valioso y, por el contrario, el holandés es visto como difícil y poco útil, siendo el inglés el considerado como el lenguaje del ‘éxito’. Algunos migrantes de primera generación hablan holandés después de algunos años dado que tienen que interactuar con los holandeses en la casa, el trabajo o los estudios. Muchas prostitutas o parejas colombianas ilegales sólo alcanzan a aprender algunas palabras o frases imprescindibles. Incluso entre las parejas mixtas, encontré a algunas hablando en inglés o en castellano con sus cónyuges. De hecho, algunos de los cónyuges hablan un castellano básico y muchos incluso lo disfrutan. Sin embargo, se puede argumentar que las quejas frecuentes acerca del holandés reflejan precisamente el alto grado de interacción con el ambiente local –a través del matrimonio y del trabajo en la economía holandesa formal e informal.

Mujeres aburridas: el viejo se quedó mirando TV

La tasa de matrimonios mixtos –con nativos holandeses– entre los colombianos es excepcionalmente alta. En 1997, la CBS reportó 908 parejas compuestas de colombianos legales que vivían en Holanda (1584, ver la Tabla I). Sólo un 5% eran de parejas con la nacionalidad colombiana, un 13% consistía de parejas con un hombre colombiano y una mujer holandesa, y el 77% estaba formada por una mujer colombiana y un hombre holandés (CBS Maandstatistiek van de Bevolking 1998)¹³. Incluso si algunas de estas parejas se deshacían tras la naturalización, las parejas mixtas continúan siendo la regla más que la excepción. Pese a que no hay estadísticas disponibles, la segunda generación de jóvenes colombianos muestran en mi opinión una mayor tendencia a mezclarse con novios o novias no colombianos.

Como ya mencioné antes, mientras los hombres holandeses tienden a retratar a las mujeres colombianas en términos positivos, es recíproca una total imagen desde el lado de las mujeres. Los hombres holandeses son considerados ‘buenos partidos’: son usualmente vistos como financieramente solventes o preparados para hacer dinero, fuertes y bien parecidos, dulces e inocentes, buenos trabajadores, confiables, fieles y dispuestos a aceptar las elecciones de las mujeres así como su libertad. Por supuesto, cada mujer pondera estas variables de forma diferente. Las parejas

¹³ Este porcentaje del 77% sólo es superado por los filipinos (86,5%) y los tailandeses (90%), mientras que otros grupos más ‘integrados’ como los surinameses o los británicos muestran tasas de matrimonio mucho más bajas. La primera generación de mujeres turcas y marroquíes, por otro lado, raramente se casa con holandeses. Los porcentajes algo más altos de matrimonio mixto que se encuentran entre las mujeres polacas, rusas y dominicanas sugieren una múltiple interconexión entre la prostitución y el mercado matrimonial: matrimonios arreglados para trabajar como prostitutas, ex-prostitutas que se casan, prostitutas y compañeros reclutados de las mismas áreas, etc.

van desde jóvenes de clase media con unas bases e intereses similares, hasta relaciones extremadamente asimétricas (e instrumentales) entre, por ejemplo, una joven prostituta pobre con una educación mínima y un viejo holandés que no tiene problemas financieros.

Marga, una joven prostituta ilegal bien parecida que trabaja en Rotterdam, recibió una proposición de matrimonio por parte de uno de sus clientes holandeses que le ofreció “*buen eten, buen huis*” (buena comida, buena casa). Ella declinó la oferta argumentando posteriormente: *Si me caso me tengo que quedar aquí, con un viejo al que no quiero. ¿Y mis hijos? No, ves, he visto a muchas chicas que lo han hecho y que de todas maneras no están contentas.*”

Pese a que a menudo estas mujeres son censuradas y acusadas de tener un bajo estatus ‘moral’, estas ‘infelices’ mujeres son a menudo toleradas y nunca rechazadas por sus compatriotas. Una forma de lidiar con la insatisfacción es compartirla con otros *latinos*, degradando abiertamente a sus maridos y haciendo explícita la delimitación de los espacios sociales. No es raro escuchar a estas mujeres, por ejemplo en las fiestas de salsa, diciendo que están aburridas y que el “gordo”, el “hombre fuerte” o el “viejo” se quedó en casa viendo la televisión.

También las mujeres implicadas en relaciones más regulares tienen quejas de rutina sobre sus compañeros o ex-cónyuges holandeses. Algunas los condenan por ser malhumorados y tacaños. Otros son criticados por ser demasiado tranquilos, a quienes cuesta salir de casa y que prefieren quedarse en casa viendo la televisión. Varias mujeres se lamentan que a sus maridos no les guste la música colombiana y que no bailen.

La segunda generación: ¿salseros o ravers?

Han nacido muchos niños de estas y otras parejas colombianas durante las dos últimas décadas. Mientras el 75% de estos nacidos tienen padres mixtos (ver la Tabla II), el 25% restante tiene dos padres colombianos, sugiriendo esto que muchos hijos de parejas colombianas ilegales son sin embargo registrados en las estadísticas. Los mayores son ya jóvenes que están abandonando la escuela, ya sea para seguir sus estudios o para entrar en el mercado laboral. Sus patrones de ‘asimilación’ recuerdan aquellos de la clase trabajadora inmigrante (Portes y Rumbaut, 1990: 218), con la diferencia de que un alto porcentaje también habla holandés en casa. El castellano es, por supuesto, la lengua materna para muchos, así que la tendencia es a ser limitados o fluidos bilingües.

Mientras muchos permanecen dispersos y tienen pocos contactos con otros colombianos de segunda generación (pues no existen ni en el mismo vecindario ni en la escuela), otros, por ejemplo en La Haya, forman *combos* (grupos de amigos) especialmente para salir o para visitarse entre sí. Robert, de Cali, tiene 18 años y vive cerca del Amsterdam RAI. Su novia es Linda, la joven hija de Omaira, de La Haya. Él explica:

Muchos de mis amigos viven aquí en La Haya; tenemos un combo chévere los fines de semana. Mira, algunos sábados después de que cierre El Caleño a las 5 en punto, solemos continuar en algunos amanecederos... Conozco al menos tres amanecederos aquí en Amsterdam. No están abiertos para todo el mundo; se necesita conocer a la gente para entrar. Son tan sólo casas, y tienes algo de comida, tragos fuertes, y por supuesto música hasta la noche del próximo domingo.

Como muchos otros, Robert fue criado con música y ritmos de salsa colombiana, y sólo últimamente se siente más atraído por la noche holandesa que gira alrededor del Amsterdam Rembrandtplein. Muchos de estos chicos no disfrutan las discotecas *latinas*, y van a los eventos y conciertos de *techno* o *hip-hop* holandeses. Las chicas suelen permanecer algo más vinculadas a las discotecas de salsa, asumiendo un papel más explícitamente colombiano (incluso, en muchos casos, saliendo junto con sus madres colombianas).

Desconfianza paranoica y estigmas: con una cruz en la frente

Un obstáculo final con el que todos los colombianos deben lidiar no tiene que ver directamente con su pasado colombiano, su estatuto de residencia, su posición socioeconómica, la cultura holandesa, sus maridos holandeses o sus hijos recién nacidos.

Los colombianos tienen que enfrentarse con las imágenes negativas sobre ellos. La constante mala prensa sobre el país, que refleja los problemas endémicos de pobreza, desastres naturales, violencia y negocios ilegales, tiene un efecto persistente en la opinión pública, de acuerdo con todos los entrevistados colombianos (ver también a Slutzky, 2002: 94). En Holanda, se sienten el objetivo tanto de las luchas internacionales contra la droga como de las políticas de inmigración restrictivas. Con ambas políticas combinadas, los inmigrantes (o viajeros) colombianos devienen los sospechosos número uno no sólo frente a los agentes de la ley, sino también frente a un amplio registro de agencias estatales. Todos están de acuerdo en que cruzar las fronteras de Colombia es una pesadilla. Marisol explica que tener un pasaporte colombiano es como tener una *cruz en la frente, una marca*. *¿No tenemos ya bastante sufrimiento como para también sufrir esto?*

En Holanda, como se explicó antes, una percepción más neutral por parte de la sociedad civil contrasta con la actitud hostil de los cuerpos oficiales. Sin embargo, los inmigrantes colombianos también tienen que encarar una situación prejudiciada especialmente por parte de quienes no tienen contacto con los ciudadanos colombianos. Por ejemplo, se cree que los inmigrantes son más pobres y menos educados de lo que realmente son, deben encarar chistes sobre el negocio de la cocaína, y a algunos se les acercan para preguntarles por drogas.

Sin embargo, este sentimiento de estigmatización desde afuera no sólo lleva a actitudes de defensa colectiva y de victimización. Muchos colombianos creen que no es sólo una cuestión de mala reputación. Muchos inmigrantes, especialmente mujeres de clase media con compañeros holandeses, artistas, estudiantes, e incluso trabajadores ilegales, apuntan su dedo acusador hacia otros colombianos. Algunos reclaman evitar el contacto con ellos tanto como pueden. Otros no se sienten a gusto con esta solución extrema, pero reconocen el problema. Aurora:

Es urgente remozar la imagen de Colombia, no sé como. Es triste decirlo, pero en mi experiencia, donde hay colombianos hay problemas (...) Nos mantenemos muy separados entre los colombianos. Tenemos una mala reputación y muchos problemas, pero es sólo un pequeño grupo el que da mala reputación a todos nosotros. A algunos se les dice, antes de abandonar el país, que eviten todo contacto con otros colombianos. Yo estoy en contra de eso.

Muchas mujeres comprenden la situación de las prostitutas colombianas, pero al mismo tiempo la ven como una fuente de desgracias. Evitan verse asociadas con ellas, y algunas incluso disminuyen su importancia cuantitativa. Los residentes legales se sienten ‘amenazados’ por los recién llegados ilegales. Los inmigrantes colombianos ilegales que desarrollan duros trabajos se sienten a disgusto con aquellos colombianos que tienen rápidas ganancias en las actividades ilegales, como el trapicheo de cocaína o los robos. Algunos bares y restaurantes colombianos no sólo tienen que luchar contra la mala prensa, sino también para tratar de mantener sano el lugar. Los rumores viajan a través de ciudades y pueblos, en tanto que los colombianos están dispersos a lo largo del país. Los recién llegados deben justificar su situación antes de recibir ayuda. Cuanto más aislado y ‘asimilado’ se viva, menos responsable se siente uno por los otros migrantes colombianos. Muchos temen ser estafados y usados. La desconfianza paranoica entre los colombianos es un patrón bastante extendido.

La dispersión y los límites de la solidaridad intra-étnica

El perfil social de los migrantes colombianos, por una parte, y todos los obstáculos mencionados arriba, por la otra, garantizan que los colombianos permanezcan desorganizados. Les faltan asociaciones económicas y apenas hay organizaciones sociales de migrantes.

Los pocos comités políticos o culturales y las iniciativas alrededor de Colombia están totalmente controlados por holandeses, ya sean simpatizantes de izquierdas, activistas de los derechos humanos, aficionados de salsa, e incluso parejas holandesas que han adoptado hijos en Colombia que están interesados por este país. Esporádicamente, algunos intelectuales colombianos y refugiados políticos

tratan de participar en estas iniciativas o de crear nuevos grupos, pero fracasan debido a la falta de soporte, interés y conflictos personales. Estas organizaciones no juegan ningún papel en la vida diaria de los migrantes colombianos.

Algunas organizaciones sociales, especialmente las vinculadas a la Iglesia Católica o a la red del servicio social holandés, trabajan con los grupos *latinos* más vulnerables: prostitutas, residentes ilegales, prisioneros, ex-prisioneros, sin techo y adictos a las drogas. Mientras estos tienen mayor reconocimiento y crédito por parte de los migrantes colombianos, de nuevo estas instituciones son ‘externas’ y no están en las manos de los mismos colombianos (pese a que algunos de ellos son voluntarios, sin embargo no son los más activos entre los grupos *latinos*).

Algunas iniciativas locales son sin embargo organizadas por *latinos*, pero no suelen durar mucho. Estas incorporan a veces a mujeres colombianas establecidas que se reúnen y eventualmente organizan alguna actividad. La excepción es *Chicolad*, la organización de niños colombianos adoptados, que ha demostrado ser muy dinámica y exitosa en mantener unida a la gente.

El Consulado colombiano también organiza, cada año, un evento con comida y música para ‘unir’ a los inmigrantes colombianos. Sin embargo, estas y otras reuniones sociales sólo son vistas como bonitos programas de ocio o, por parte de algunos, como una buena oportunidad para hacer algo de dinero. Según Germán *el año pasado nosotros cocinamos y nos fuimos hasta Utrecht con harta comida. La cosa no se vendió.*”

He visto peleas personales para organizar y vender comida en pequeñas fiestas. Un hombre colombiano expuso crudamente la situación:

Mira, es muy difícil hacer cosas con los colombianos. Ellos vienen para la rumba, buscando buena y económica comida y trago colombianos. Quieren ser ‘servidos’, y hacer o ayudar lo mínimo a cambio.

La interacción social y la cooperación económica se restringen al nivel de las relaciones de parentesco. Los parientes se ven y visitan entre sí con regularidad, e incluso viven a menudo cerca o en la misma área. Sin embargo, eso no ocurre a un nivel más extenso. Los contactos son irregulares y escasos, y muchos amigos sólo se encuentran en ocasiones especiales –cumpleaños, fiestas, eventos, etc.–. Aquellos que no tienen parientes en Holanda y con un cónyuge holandés tienen pocos contactos con otros colombianos, en ocasiones con no más de 5 o 10 de ellos.

A modo de conclusión

A los colombianos en Holanda les faltan características esenciales para poderlos considerar un ‘enclave étnico’ o una ‘diáspora comercial intermediaria’.

Primero, no hay una economía colombiana de enclave. La falta de capital colombiano (en términos de negocios, empresas, etc.) es muy evidente, mientras

que el trabajo colombiano está básicamente orientado hacia el mercado holandés (negocios y clientes locales). Los pocos negocios legales o informales, aún cuando puedan emplear a otros colombianos, son débiles, de corta vida, dispersos, y no están especializados en una rama. Tampoco están agrupados e interconectados. Muchos de ellos son étnicos en el sentido que venden un producto o servicio ‘colombiano’, pero no están encuadrados en una economía étnica que pueda implicar capital étnico, trabajo y experticia en los negocios. Muchos negocios colombianos se establecen con capital y créditos holandeses, y muy a menudo implican a parejas mixtas con participación holandesa.

Segundo, el grupo no puede ser conceptualizado como una diáspora comercial intermediaria (masculina o femenina). A estos inmigrantes les faltan las características sociales esenciales típicas de estos grupos. La solidaridad étnica es débil, la tendencia al matrimonio externo es enorme, y sus hijos tienden a ‘asimilarse’ por medio de las corrientes de la escuela y la socialización. No hay organizaciones a un nivel suprafamiliar, ni siquiera voluntarias, ni asociaciones de caridad o de auto-ayuda que puedan, por ejemplo, ejercer un control social interno. En términos económicos, están lejos de formar ningún tipo de corretaje o intermediación entre los grupos dominantes y los grupos locales subordinados. Como ya expliqué, no practican ninguna actividad comercial local legal sino que se concentran en labores especializadas (de género) como amas de casa, aseadoras y prostitutas. Las familias medias típicas que poseen y operan un pequeño negocio están, de nuevo, ausentes entre los migrantes colombianos en Holanda.

Como mucho, se puede argumentar que el espíritu empresarial entre los colombianos en Holanda se manifiesta a través de la –parcial– colonización de particulares *nichos* ocupacionales. Los más claros ejemplos son la prostitución y otras labores informales básicamente ejecutadas por mujeres, como la limpieza. Pese a que esta fuerza laboral no supone ninguna red de empresas poseídas independientemente, tampoco se desarrolla en la forma clásica de un proletariado asalariado ‘étnico’. Tienden a permanecer como una fuerza de trabajo flexible, a menudo auto-empleada, dispuesta a ocuparse en varias actividades. Estas actividades pueden ser también, como encontré durante mi trabajo de campo, actividades ilegales en el negocio de la cocaína.

Finalmente, se puede argumentar que este alto grado de dispersión, invisibilidad, falta de solidaridad interna y de asociaciones sociales propias hace en ocasiones muy difícil incluso el uso de la palabra ‘comunidad’ para caracterizar al grupo de los colombianos inmigrantes en Holanda.

Bibliografía

- BONACICH, E. y J. MODELL (1980) *The economic basis of ethnic solidarity*. Berkeley, University of California Press.
- LIGHT, I. y S. KARAGEORGIS (1995) "The Ethnic Economy", en N.J. Smelser y R. Swedberg (eds) *The Handbook of Economic Sociology*. Princeton, Princeton University Press.
- MURILLO PERDOMO, A. (1996) *Problemática psicosocial de los colombianos indocumentados en Europa*. Bruselas, Casa de América Latina.
- PEARCE, J. (1990) *Colombia, inside the labyrinth*. London, Latin American Bureau.
- POLANIA MOLINA, F. y M. JANSSEN (1998) *I never thought this would happen to me. Prostitution and traffic in Latin American women in the Netherlands*. Ámsterdam, Fundación Esperanza.
- PORTES, A. (1995) Economic Sociology and the Sociology of Immigration: A Conceptual Overview, en: A. Portes (ed.) *The Economic Sociology of Immigration*. New York, Russell Sage Foundation.
- PORTES, A. y R. RUMBAUT (1990) *Immigrant America. A Portrait*. Berkeley University of California Press.
- SLUTZKY, M. (2002) *Holanda Latina*. Amsterdam, Arena.
- ZAITCH, D. (2002) *Trafficking Cocaine. Colombian Drug Entrepreneurs in the Netherlands*. La Haya, Kluwer Law International.